

RECUERDOS CON HISTORIA, 193

ANCLA MISTERIOSA. EMPIEZA LA INVESTIGACIÓN

Por V. Navarro

Si no fuera porque hay sospechas de que el objeto que he podido observar en recóndito pueblo de comarca interior puede estar relacionado con el mundo de la antigua Flota Española, no emprendería este relato y tal vez ni la posible investigación que habría que comenzar.

Ocurre que cuando todo son incógnitas, pero el tema promete, no puede uno refrenar la curiosidad gracias a la cual, históricamente, se han obtenido resultados importantes. Ya sabemos, por ejemplo, que hace siglos la curiosidad engendró la Arqueología. Pues bien, hoy presento el ancla. Tal vez mejor sería no colocarle el determinante “el” porque apenas sabemos nada del objeto. Entonces, rectifico y acudo al artículo indeterminado escribiendo: “un ancla”.

No revelaré el nombre del pueblecito ni el del propietario de la pieza ni la sospecha de a qué buque de la Armada del siglo XIX pudo pertenecer. Eso es solo una presentación y, como a tal, merecen ser respetados lugares y detalles hasta que se pueda dar, si es posible, con un resultado positivo y contundente de las pesquisas. Y el permiso para hacerlo público.

El pueblo, de unos cien habitantes, se halla ubicado muy tierras adentro de la geografía catalana, viajando hacia el límite con la Comunidad Autónoma de Aragón. Ninguna carretera comarcal lo atraviesa porque la suya muere en el mismo pueblecito. Se llega con la decidida intención de ir solo allí. Es un lugar encantador, con casas construidas en su mayoría en tiempos de Carlos III y Carlos IV y alguna bastante anterior. Sus gentes viven del campo y son personas entrañables. Pues bien, en una de sus estrechas calles al propietario de una casa se le ocurrió, hace años, adquirir una “antigüedad” para lucirla en su domicilio. Parece ser que ya tuvo trabajo para llevarla hasta el lugar porque la antigüedad era un ancla de más de dos metros de alto y una barbaridad de kilos de peso.

El segundo problema fue colocarla dentro de su casa. Y viendo que el asunto era poco serio, decidió colocarla fuera. Por eso, cualquier persona que pase frente a la puerta de entrada de este domicilio, puede quedar sorprendido (el cien por cien de personas foráneas se quedan patidifusas) al ver un ancla enorme fondeada en tierra de tractores. Me tomé la molestia de hacer las

fotografías que adjunto y tomar las medidas de la pieza: altura 210 cm.; los brazos, desde la cruz de la base a sus respectivas puntas miden: izquierdo 84 cm. y 95 cm. el derecho. O sea, un *ferro* de categoría.

En realidad, se trata de un ancla de las llamadas de “**cepo**” o de “**Almirantazgo**”, típica de los grandes buques del siglo XIX. Ha perdido el **arganeo** (primera anilla sujeta directamente al ancla en su **ojo** superior), el **cepo** (barra que atraviesa el segundo **ojo** situada en un plano perpendicular al ancla) y las **uñas** o **mapas** (puntas en habla coloquial) porque se colocaban soldadas sobre los brazos y algún fuerte golpe o la oxidación de los años las pudo haber arrancado. A cambio, conserva parte de su impresionante cadena.

A este pueblecito, joya del mundo rural desde los tiempos en que los romanos ya cultivaban aquellas tierras, ha ido a parar la corpulenta ancla de no menos corpulento buque. Se comenta, por algunos lugareños, que el ancla la adquirió en subasta barcelonesa un oficial de la Marina Mercante que, jubilado, se instaló hace años en el pueblo. Luego, la casa ha pasado a otro propietario que la mantiene en su lugar con gran satisfacción. Y si es cierta la información dada por un vecino de los de “toda la vida”, el ancla pudo pertenecer a un importante buque de guerra español de las flotas del Almirante Cervera o del Contralmirante Casto Méndez Núñez.

Tal vez nunca se pueda dilucidar el secreto que esconde tan curioso objeto marino anclado en tierras de campos de secano. Pero ahí está, porque si quien la adquirió no sabía nada de su verdadero origen, no creo se tomara la molestia de cargarla en su machucado SEAT 600 hasta su lugar de histórico ancladero a más de cien kilómetros de la costa. Al menos, podía haber insinuado algo.



Inicio de la cadena. Robustísimos eslabones enlazan unos con otros. A notar que el primero, que es enorme (27 cm. de eje mayor), no posee el tramo

transversal de refuerzo que en el resto de anillas sí parece. Era el eslabón que iba unido directamente al **arganeo** y este al **ojo** superior de la **caña** que es la parte vertical.



Seguimos la cadena. Un espectáculo en la calle. Cada anilla son 24 cm. de extremo a extremo.



Al llegar a la esquina, la cadena sigue su ruta sin inmutarse.



Comparemos los eslabones con los pedruscos de la pared. Para no creerlo.



Esta es el ancla fijada en la pared de una casa de pueblo antiguo. Merecen un premio. El ancla y quien tuvo la idea.